

ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA DEL CIELO

Nº 24, AÑO VII, 25 de marzo, 2018

EL CAMINO DE LA FE (2)

Si Dios se ha manifestado en Cristo, si Cristo es de naturaleza divina, su persona y su actividad deben sobrepasar todo lo humano y creado, trascendiendo toda experiencia.

El miedo de lo extraordinario, proviene de un desconocimiento total de la esencia de lo divino. No es lícito pretender excluir la posibilidad de una intervención divina en el mundo creado, pues ello supone, a causa del materialismo, y de un racionalismo desprovisto de una visión amplia de la realidad humana, los hechos históricos y las manifestaciones de Dios.

Negar, por principio, toda intervención milagrosa y maravillosa de Dios está fundamentado en una ceguera espiritual que no es capaz de darse cuenta de la existencia auténtica de cosas que no captan nuestros sentidos físicos y particularmente peligrosa cuando queremos conocer a Jesús.

Con eso se priva al Evangelio de toda vida y alma, aun antes de empezar a leerlos, forjándose así una idea de Dios que no ha existido en ninguna religión verdaderamente viva. En todas partes, siempre que ha rezado un hombre, ha tenido presente en su pensamiento al Dios de los milagros, al Dios cuyo fuego, en tiempo de Elías, consumió el holocausto, y **«viendo esto el pueblo, cayeron todos sobre sus rostros y dijeron: “¡El Señor es Dios, el Señor es Dios!”»**.

En el hombre que busca la certidumbre religiosa interviene el anhelo de verdad, y también entran en actividad las tendencias y disposiciones ordenadas hacia ello en la persona humana. El alma está esencialmente relacionada con un Absoluto, y se experimenta esta relación necesaria en lo más profundo del ser, como un sentimiento vital,



como una inquietud y necesidad, vaga pero real, de eternidad y perfección, como una fiebre de Dios. San Agustín dio la fórmula de esta experiencia fundamental: **«nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Dios»**.

Toda la predicación de Jesús, sus milagros y señales culminan en la intención de conducir al hombre a la verdad de Dios. **«Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí»** (Jn 5, 39). **«Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras»** (Jn 14, 11). Los mismos evangelistas no pretenden sino mostrar en la vida histórica de Jesús las señales que deben llevar a descubrir el misterio de Cristo y su misión, y en definitiva a creer en Él.

Muy significativo es, a ese respecto, que los apóstoles, después del suicidio de Judas, concedieran capital importancia a que el discípulo sustituto fuese alguien que pudiese dar testimonio, por lo que había visto y oído durante la vida de Jesús **«Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie a nosotros como testigo de su resurrección»** (Hch 1, 21-22).

Sin duda alguna, la divinidad de Cristo y la redención del mundo por parte de Él, pertenecen por su misma esencia al campo de lo sobrenatural. Pero, sin duda también, las afirmaciones de Jesús, así como las pruebas que da de sí mismo, pertenecen igualmente a la historia.

Al comprobar que Jesús es realidad histórica, está asegurada la credibilidad en Él, por lo que puedo decir «sí» a la revelación de Dios en Cristo con total confianza al estar confirmada por consiguiente su realidad a mi entendimiento.

Diríamos que la fe sobrenatural, don de Dios, en la realidad misteriosa de Cristo, supone la seguridad de que Jesús está plenamente integrado en la historia, así como sus testimonios. Con la certeza de que ha existido verdaderamente un hombre que se consideró Hijo de Dios y Redentor de la humanidad, y que este hombre es digno de confianza absoluta, estoy obligado por el entendimiento y la conciencia a creer en el testimonio tan misterioso de dicho hombre, que se pierde en las profundidades de la Trinidad y está más allá de la historia.

(Sigue la próxima semana)

Texto sintetizado, tomado del libro: JESUCRISTO de KARL ADAM, teólogo alemán, doctor por la Universidad de Múnich en Filosofía y en Teología.